

III.

Catalina fué conducida por las doncellas de la duquesa á una habitacion interior, donde se la desnudó de su pobre traje blanco, vistiéndola otro de seda, de valor muy subido.

En tanto que tenia efecto esta trasformacion, las cuatro jóvenes ocupadas en ella la miraban con aire maligno y burlon, riéndose de su porte inocente y casi simple.

En el interior de la casa del duque de Norfolk reinaba la más deplorable licencia; llena de servidores jóvenes de ambos sexos, que no eran vigilados por nadie, el día era un festin no interrumpido y la noche una orgía continuada.

Las camareras interrogaron á Catalina, quien respondió á todas sus preguntas con mucha ingenuidad.

Dijo lo que sabia; que jamás habia visto á su madre y que ignoraba si su padre seria un caballero de faz severa que cada año iba á entregar á Eric una suma para pagarle sus cuidados; que habia vivido siempre en la más absoluta soledad, pero que desea-

ba vivamente ir á Lóndres, de cuya ciudad tantas cosas hermosas le contaba, cuando vivía, su nodriza la buena Jenny, y que el corazón le decía que más tarde ó más temprano iría á la corte.

—Luego ¿habeis venido contenta? le preguntó una de las camareras.

—¡Oh, sí! ¡muy contenta! respondió Catalina; cuyos hermosos ojos negros chispearon con una ingénua alegría; dicen que aquí todas las jóvenes visten seda y encajes, y buena prueba de ello es el hermoso traje que me habeis puesto.

Una de las camareras pasó recado á la duquesa de que Miss Howard se hallaba ya dispuesta, y volvió con la orden de conducirla á su presencia.

Nada podía buscarse más encantador que Catalina.

Su talla mediana, pero de exquisitas formas, parecía modelada por las Gracias.

Sonreían á un tiempo sus labios de carmin y sus negros ojos; su rica cabellera de color castaño estaba ceñida con una gruesa sarta de perlas.

Un traje de seda azul, con peto y escote de raso blanco, dibujaba su talle de ninfa, y dejaba ver sus piececitos calzados de satin blanco.

Cuando le dijeron que iba á ver á su abuela, se turbó y empezó á temblar.

—No le falta motivo para ello, dijo una de las camareras; la duquesa la trae á casa sólo por compla-

cer al duque, y su recibimiento no ha de ser muy halagüeño.

Estas palabras, tan poco tranquilizadoras, aumentaron la emoción de Catalina, quien por fin, pálida y turbada, siguió á una de las jóvenes que la condujo á la presencia de su abuela.

Era ésta una señora de setenta años, alta y muy delgada.

Su aspecto era frío, severo y en extremo orgulloso.

Ocupaba en una suntuosa estancia que le servía de dormitorio, un sillón con dosel; apoyaba los pies en un almohador de seda, y tenía, detrás de su asiento, dos pajes que se relevaban constantemente para atender á sus menores caprichos.

Midió á Catalina con una ojeada desdeñosa, y luego le hizo una seña para que se aproximase, pues la pobre niña se había quedado cerca de la puerta, trémula y confusa.

—Su Gracia dice que os acerqueis, señorita; observó una de las camareras.

La joven dió algunos pasos más.

Lady Norfolk hizo otra señal.

—Su Gracia quiere veros más de cerca, volvió á decir la camarera.

Catalina llegó hasta casi tocar el sillón de la duquesa.

—Querida señorita, dijo ésta; habeis venido á esta

casa para cumplir el deseo del duque, mi esposo, no para satisfacer el mio; no os conocía, ni lo deseaba; vuestro padre, Tomás, ha sido siempre el más ingrato de mis tres hijos y también—fuerza es decirlo—aquel á quien ménos amo; á vuestra madre no la he conocido; dicen que era hermosa, lo que creo al veros, é hija de un pescador, lo que me es del todo indiferente.

Catalina, no sabiendo qué responder, calló y dobló la cabeza ruborizada.

—Segun me han contado, prosiguió la duquesa, habeis sido criada como un arbolillo inculto; ¿qué edad teneis?

—Trece años y dos meses, respondió Catalina con voz trémula.

—Me llamareis señora, continuó la anciana; vuestro padre está en Escocia; ha renegado de nosotros y para nada me acuerdo de él; vuestra madre creo que murió; por consiguiente, lo que Su Gracia el duque, mi esposo, hace por vos, no es otra cosa que una caridad que debeis agradecer; ahora idos; ninguna obligación os impongo; divertíos lo más que podáis y aprended á estar linda, que es hoy el medio de hacer fortuna.

La duquesa, dichas estas palabras, hizo con la mano una señal desdeñosa.

Catalina permaneció inmóvil.

—Su Gracia, os manda retirar, señorita, dijo una

de las camareras; saludad, y seguid á mi compañera.

La jóven hizo con bastante torpeza una cortesía, y siguió á la otra doncella, que no se habia movido del lado de la puerta.

—¿Tiene Vuestra Gracia alguna órden que darnos respecto á Miss Howard? preguntó la camarera que daba instrucciones á Catalina, acercándose respetuosamente á la duquesa.

—No, respondió ésta; ninguna; tenedla con vosotras; no os impongo otro deber que el de impedirle que salga sola.

Las dos criadas y Catalina se retiraron.

La jóven fué conducida á una estancia muy grande que debia ser la suya, y que además de la puerta de entrada tenia otra falsa que conducia al pátio de palacio de Norfolk.

Aquella sala, con techo y ensambladuras de cedro, era triste y oscura.

Una gran cama con cortinas de sarga verde, algunos sítiales, un enorme espejo, y una mesa cargada con todos los objetos de tocador que se usaban en aquel tiempo, constituian su adorno.

En un ángulo habia un cofre antiguo que contenia algunos trajes, hechos ya, de buen gusto y graciosa forma, pero todos usados.

Era que las camareras se habian repartido y guardado la suma entregada por la duquesa para equipar

á su nieta, y habian equipado á ésta con todos los vestidos de deshecho; sin embargo, la pobre niña quedó deslumbrada ante su vista.

—Ya es la hora del almuerzo, le dijeron las dos camareras que la acompañaban. ¿Quereis bajar á nuestro comedor?

—Con mucho gusto, respondió Catalina.

—¿Teneis hambre?

—Un poco; desde ayer por la mañana nada he comido; pero yo creí que me sentaria á la mesa de mi abuela.

—¡Pues no es poco presuntuosa la creencia! exclamó riendo á carcajadas una de las jóvenes; bien se vé que no conocéis áun á Su Gracia.

—¿No soy su nieta?

—Habeis de saber que desde que fué favorita del rey, padre del actual Enrique VIII, ni áun su mismo esposo ha podido lograr comer con ella.

—¡Pues qué! ¿Come sola? preguntó Catalina, que no comprendia la verdadera acepcion de la palabra favorita.

—Siempre sola.

—¿Y no se aburre?

—No lo sabemos; pero vamos al comedor; allí habeis de estar alegre, decidora; nuestra mesa es tan animada como silenciosa la de Su Gracia; hay en casa algunos jóvenes servidores que son galantes y amables y nos obsequian mucho; entre ellos sir Edward Madox...

—¡Ah! ¿almozará con nosotros sir Madox? preguntó Catalina estremeciéndose de alegría.

—Sí, por cierto; más, ¿por qué os habeis puesto encarnada?

—No sé... él fué quien me trajo aquí...

—¡Es verdad, ya lo habia olvidado! y por cierto que no le disgustaria la comision al picarillo! Y, ¿qué os dijo?

—Muchas cosas que yo no habia oido nunca!

—¿Y eran cosas dulces?

—¡Oh, sí, muy dulces!

—¿Entónces quiere decir que os hizo el amor?

—Yo no sé lo que se llama hacer el amor, respondió Catalina; sólo sí recuerdo que me dijo que me amaba.

—¡Pues, lo que dice á todas! No os lleveis chasco, querida señorita; desde hace un año que sir Edwar se halla al servicio de la duquesa, nos ha hecho el amor á todas; así, pues, divertíos con él lo que podais; pero no tomeis por lo sério lo que os diga; procurad que no os palpите así el corazon y que no se cambie el color de vuestro rostro, porque se reirán de vos.

—¡Reirse de mí! ¿Y quién?

—Todos los de casa, y sir Edward también.

—¡Es imposible! ¡Parece tan bueno, tan noble!

—¿El?

—Más que nadie.

—Es un seductor consumado, no os digo más.

La camarera hubiera podido ahorrar también estas palabras, porque Catalina no las comprendió.

La pobre criatura, seducida tan temprano, no sabía lo que era un seductor.

Siguió á las camareras al comedor, y sus ojos sólo distinguieron á Madox entre todas las personas que estaban sentadas en derredor de la mesa.

Sir Edward estaba más elegante, más gallardo, más perfumado que la víspera, y al ver á Catalina, se iluminó su semblante con una alegría demasiado viva para ser fingida.

Levantóse de la mesa, tomó la mano á la jóven, y la colocó en un asiento á su lado.

Todo esto fué observado por los concurrentes, y comentado con palabras bastante libres y risas insolentes; pero Catalina no veía nada, absorta en mirar á Madox, que se había hecho dueño de toda su alma.

IV.

El comedor de la servidumbre de la duquesa de Norfolk era grande y suntuoso; la enorme mesa, colocada en el centro, resplandecía con una rica vajilla de plata.

Servían á los pajes, camareras y gentiles-hombres, otros criados inferiores, colocados de pié detrás de sus sillas.

Había reunidas en torno de la mesa unas treinta personas; pues la servidumbre de la duquesa era tan numerosa, que contaba hasta con cuatro músicos para su capilla.

Además de sus tareas de gentil-hombre, Madox desempeñaba también las de cantor de la capilla; poseía una voz encantadora de tenor, y cantaba con afinación y maestría.

Cada uno de los comensales dirigió á Catalina una atrevida mirada y algunas palabras bastante licenciosas.

La jóven tenía hambre; comió y le hicieron beber

algunas copas de espirituoso vino, que trastornó su cerebro, pues en toda su vida lo habia probado.

Aquella alegre reunion se encargó de *ilustrarla* en lo que ellos llamaban arte de vivir, y pronto empezaron á darle consejos.

El almuerzo se prolongó más de lo ordinario en honor de la huésped, y terminado, Madox se encargó de acompañarla á su cuarto.

—Gallardo trovador, dijo una de las camaristas, creo que te declaras el amante de Miss Howard; ¿acaso me engañan mis ojos?

—No, por cierto, respondió Madox con frialdad.

—¿Vas á emprender su conquista?

—La amo con toda mi alma.

—¿Te casarás con ella?

—Mañana, si ella no fuera de tan elevada condicion.

—Ya ves, sin embargo, que su ilustre abuela la arroja como un delicioso pasto á los libertinos de su servidumbre.

—Ya lo veo; pero eso no impide que ella sea hija de lord Howard y que yo no pueda casarme con ella.

—¡Ay, Dios! ¡Así decia tambien Patrik! exclamó imprudentemente Catalina.

—¡Patrik! exclamó Madox con la voz alterada.

—¿Qué decia ese Patrik? preguntaron las mujeres con una risa maligna.

—Patrik, respondió la inocente Catalina, era el hi-

jo de mi buena Eric; el marido de mi nodriza, que ya murió.

—¿Pero qué os decia? ¿qué os decia?

—Que si hubiera sido pobre como él, se hubiera casado conmigo.

—¿Luego os amaba?

—¡Mucho! ¡No os podeis figurar las caricias que me hacia!

Una carcajada general acogió estas palabras; y Catalina, malignamente excitada, dió más detalles del amor de Patrik, de aquel funesto amor, que Dios quiso castigar con una muerte tan prematura como dolorosa, para el infeliz amante de Catalina.

Madox escuchó todo aquel relato, cambiando muchas veces de color.

Cuando terminó, ya no era la misma la expresion de su rostro.

Una sonrisa amarga plegaba sus lábios; habia creido á Catalina un ángel; pero el ángel acababa de despojarse ante sus ojos de su nevada vestidura.

En cuanto á los demás, la pobre niña no era ya más que una muchacha perdida.

Al levantarse de la mesa, todos encargaron al músico que, puesto que acompañaba á Catalina, no dejase de *aprovechar* el tiempo.

—¿Qué teneis, sir Edward? preguntó tiernamente la niña, así que hubieron salido del comedor; me parece que os habeis puesto triste.

—¡Sí! Estoy muy triste, Catalina, respondió el jóven.

—¿Por qué?

—Porque veo que otro os ha amado ántes que yo.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? preguntó Catalina; yo, en cambio, no he amado á nadie más que á vos!

—No es un caso igual.

—¡Ya lo sé! como que vos habeis hecho la córte á todas las camaristas de mi abuela, segun dicen ellas.

—¿Quién hace caso de lo que dicen?

—¡Yo! Os amo y se me desgarraba el corazon al oirlo.

Habia en el acento de Catalina tanta ternura al pronunciar estas palabras, que Madox olvidó su dolor y estrechó la mano de la jóven.

—¡Pobre niña! murmuró: ¡qué culpa tienes tú de tu desgracia! Y porqué no te he conocido ántes para librarte del abandono en que te han dejado tus orgullosos parientes!

Llegaban, al decir esto, á la puerta de la cámara de Catalina.

Madox entró, se dejó caer en un sitio y paseó por la ancha y sombría estancia una mirada melancólica, pensando en lo que debia padecer allí el espíritu juvenil y alegre de Miss Howard.

Mi querida niña, le dijo; veo que habeis nacido bajo la influencia de alguna estrella fatal; no teneis

más recurso que morir de melancolia, olvidada de todos, ó entregaros á los desórdenes que tienen lugar en esta casa.

—Yo sólo deseo vuestro amor, respondió Catalina con la suave ternura que parecia formar la base de su caracter; pasaré todo el dia contenta, sola y retirada en esta triste habitacion, si tengo la esperanza de veros un instante por la velada y á la hora de las comidas.

—Pues bien, Catalina, repuso Madox; si mi cariño puede consolaros en vuestra orfandad y abandono, éste no os faltará.

—Yo no sé leer, repuso la jóven como respondiendo á un pensamiento secreto y triste que la ocupaba; no sé escribir, no sé rezar... á nada me han enseñado; pero sabré amarte para siempre y con todo mi corazon.

Y Catalina Howard, la nieta del poderoso y soberbio duque de Norfolk, besó la mano del músico Madox, como implorándole que le permitiera amarle en medio de la triste soledad á que se veia condenada.

Dos años pasaron para Catalina en el palacio de sus abuelos, sin que ni una sola vez la Duquesa la llamase á su presencia ó preguntase por ella.

Tampoco el duque, enteramente absorto con los negocios de Estado, pensaba en su nieta: decíase que habia hecho bastante con llevarla á su casa y que nada más tenia ya que hacer.

Pero la fama de la peregrina belleza de la jóven se habia extendido por todo Lóndres, y era ésta en verdad, tan notable, que pocas, muy pocas mujeres hubieran podido rivalizar con ella.

Conservaba toda su figura, en medio de su desarrollo, un carácter delicado y juvenil que la hacia más encantadora y le prestaba nuevas gracias, y habia en su mirada una modestia angelical unida á una seductora dulzura.

Volveremos á encontrarla en una fria noche de Enero, sola en su cuarto y sumergida en una tristeza profunda.

Sentada junto á una mesa de piés torneados, sobre la cual ardia una lámpara de bronce, tenia la cabeza apoyada en la palma de la mano.

En sus mejillas habia señales de lágrimas recientes y todas sus facciones respiraban un abatimiento doloroso.

El silencio dominaba ya en el sombrío palacio de Norfolk, no obstante ser sólo las diez de la noche.

A las nueve habia terminado la cena.

Los duques dormian y, exceptuando alguna intriga particular, en las habitaciones de los servidores, nada turbaba el reposo y el silencio.

Catalina permaneci6 largo rato en la misma posicion.

Su cabello estaba peinado liso, cuya circunstan-

cia aumentaba la palidez de sus facciones, siempre encantadoras.

Oyóse un leve rumor en una galería situada detrás de su aposento, y levantó vivamente la cabeza.

Ent6nces pudo verse á su expresion de cansancio y de fatiga, suceder otra de gozo y de inquietud; brillaron sus ojos y se animaron sus mejillas.

—¡Ya viene! murmuró; ¡gracias al cielo!

Mas el rumor, ocasionado sin duda por el viento de aquella helada noche, se desvaneci6 en el silencio de las sombras, y nadie apareci6 á los ojos de Catalina.

Esta volvi6 á su dolorosa actitud, y murmuró, como hablando consigo misma.

—¡No! ¡No es él! ¡Dios mio, no es él! ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me abandona así?

De nuevo se oyó otro ruido y de nuevo se operó una extraña metamórfosis en el rostro de Catalina.

Pero esta vez no se engañaba.

La puerta se abrió y un caballero apareci6 en el umbral.

Era su amante; Edwar Madox.

Catalina dejó escapar un grito de alegría y corri6 hácia él.

—¡Ah! cuanto me ha hecho sufrir vuestra tardanza! exclamó tomándole de la mano: ¿Por qué no habeis venido ántes?

—Héme aquí ya; repuso Madox con frialdad.

Y avanzando hácia el fondo de la estancia, la débil luz de la lámpara iluminó sus facciones correctas y encantadoras.

Su semblante, al perder el fresco colorido de la primera juventud habia ganado mucho en belleza; habia esparcido en sus facciones un suave tinte de melancolía, pero habia tambien en ellas una muy marcada expresion de hastío.

—Edward, dijo Catalina, observo que ya no me amais, y he querido veros para preguntaros el motivo.

—Me preguntais una cosa á la que no me es posible responderos, señorita, contestó el músico sentándose en un escaño al lado de Catalina.

—¡Cómo! ¿No sabeis por qué habeis dejado de amarme?

—No. El corazon tiene sus caprichos, independientes de la voluntad.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Catalina: ¡Ni siquiera trata de engañarme! ¡Ni siquiera niega la evidencia de su ingratitud!

—¿Y de qué serviría? Ya habeis conocido lo que yo trataría en vano de ocultaros.

—¿De qué sirven entónces los juramentos de amor? exclamó amargamente la jóven.

—De nada, señorita, respondió Madox; de hoy en adelante no pediré ya promesas de eterno cariño, ni las haré tampoco, porque tanto valdria pedir al cielo

una serenidad eterna, á la floresta eternos perfumes, y al arroyo perpétua transparencia: la naturaleza varía y tambien nuestro corazon.

Catalina no respondió, y sólo se oyó un sollozo que salió de su pecho oprimido.

—No sé, en verdad, porqué os aflijís de esa suerte, prosiguió Madox; ya teneis otro amante, y...

—¡Otro amante! gritó Catalina: ¿quereis añadir la cobardía del insulto, á la cobardía del abandono?

—¿Qué título dais, pues, á Mister Durham, gentil-hombre del Duque?

Catalina se puso pálida al oír estas palabras; pero volviendo en sí de su primera sorpresa, respondió:

—Sir Durham me ama y me asedia desde pocos dias despues de haber sido admitido al servicio de mi abuelo; pero, ¿quiere esto decir que yo le haya dado esperanzas?

—Catalina, dijo Madox, escuchadme: he dejado de amaros, pero os voy á hablar con la franqueza propia de un buen amigo, cosa que tal vez lograreis pocas veces en esta vida: teneis sólo quince años, es decir, que os hallais al principio de ella y ya estais manchada para siempre... No sin profundo dolor me acuso de haberos lanzado por el sendero del vicio, pues, cuando ya os conocí, habías sido más desgraciada que culpable; pero el mal está hecho... y sois una sirena peligrosa por dos razones.

—¡Pobre de mí! exclamó Catalina llorando; me

llamais peligrosa cuando me veis anonadada por el dolor!

—Ese dolor pasará, no lo dudeis, y volveréis á la vida y al amor.

—¿Creeis, acaso, que yo ame á Durham?

—Le amareis; lo más asombroso es el contraste que ofrece el veros gastada por las pasiones hasta un punto increíble, y el anhelo insaciable que teneis de amar.... Además, sois ambiciosa, ligera, vana, y Durham es conquista que os cansará dentro de breve tiempo. ¡Sí! En esta nueva intriga, seréis vos la que primero se canse de los dos.

—¡Oh, no lo dudo! murmuró Catalina, no lo dudo, porque yo no le amo! Mi único amor en este mundo habeis sido vos, Edward. ¿Por qué os habeis cansado de mí? ¿Qué os he hecho? ¿Os he ofendido en algo?

—No, pobre y desventurada niña; en nada me habeis ofendido; pero ¿qué quereis? Dos años de intimidad han acabado con mi constancia; yo tambien os he amado mucho, y necesito descansar; tal vez algun dia venga á pedir os amor, en nombre de esta entrevista, porque yo sé bien que jamás puedo ocupar mi alma toda, en un objeto más adorable.

—Sir Edward, repuso Catalina con nobleza, de aquí habeis de salir extraño á mí para siempre, puesto que así lo quereis; vos habeis roto sin motivo alguno los lazos que nos unian y que por mí hubieran

durado tanto como mi vida; no esperéis, pues, volverlos á unir jamás; hubiera podido casarme con vos, sí, hubiérais podido ser el esposo de la nieta del Duque de Norffolk; pero no lo habeis querido; en vuestras manos he sido sólo un frágil juguete que habeis arrojado cansado de él; sea enhorabuena; salid de aquí, porque me habeis perdido para siempre; ¡he muerto para vos!

Y Catalina señaló al músico la puerta con imperioso ademán.

Esté no respondió: salió despues de haberse inclinado delante de la jóven, y se perdió en la sombra de la galería.